

Palabras de la Excma. Sra. D^a. Adela Cortina Orts*

Ante todo deseo agradecer a la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas el honor que me hace al permitirme participar en el acto de presentación de un libro de intelectual tan reconocido como Heliodoro Carpintero sobre el pensamiento de un filósofo de la talla de Julián Marías. Acompañar al autor en la presentación de un nuevo libro en sociedad es siempre grato, pero más todavía cuando el libro muestra la calidad del que hoy nos convoca.

Qué ha pretendido hacer Carpintero con este trabajo es cosa que sin duda él aclarará mucho mejor que yo en su intervención, pero, por mi parte, entiendo que no ha intentado hacer una hagiografía, cosa que estaría fuera de lugar, sino, como él mismo apunta en ocasiones, una labor de hermenéutica biográfica. En efecto, al hilo de la vida de Julián Marías van saliendo a la luz sus proyectos y valores, pero no sólo los suyos, sino también los de su época; esa época que tenía que salvar para salvarse a sí mismo, siguiendo el *dictum* de Ortega. Y como en toda hermenéutica de ley, las propuestas —en este caso la de Marías— no pretenden valer sólo para un tiempo, sino ser también fecundas más allá de él.

Precisamente por eso, dirá Carpintero que no se propone únicamente saldar una deuda de gratitud con el maestro, aunque también, sino sobre todo intentar objetivar aquello por lo que entendió que merecía la pena ser su discípulo. Ponerlo negro sobre blanco es la forma de que otros conozcan su pensamiento, lo degusten, y se lo apropien, si les parece fecundo para vivir.

* Catedrática de Ética y Filosofía Política, Universidad de Valencia.

Con este nuevo libro Heliodoro Carpintero desarrolla un proyecto que nació en aquel texto pionero *Cinco aventuras españolas*, publicado en 1967, en el que rompía una lanza a favor de la filosofía española, tan desconocida entre nosotros, tan necesaria sin embargo para construir el futuro, como se echa de ver de modo creciente. “Cuando a veces se sugiere —decía Carpintero— o incluso se asegura que en nuestro país nos hemos quedado sin maestros; cuando se pretende hacer tabla rasa del presente en forma tosca e indiscriminada, pienso que el modo hispánico de adanismo está en el tuétano de nuestro espíritu. Y sólo el conocimiento y el amor de cuanto poseemos de valioso, y su discernimiento de cuanto parece algo, y al cabo es sombra y nadería, me parece camino eficaz hacia el mañana”.

Para rescatar lo que tenemos de valioso con vistas al futuro recurría ya entonces al método orteguiano de las generaciones, perfeccionado por Marías, y daba a conocer a cinco filósofos, pertenecientes a dos de esas generaciones: Ayala y Laín, Aranguren, Ferrater y Marías. En el libro que hoy ve la luz siguen presentes esas generaciones españolas, tan ricas en pensamiento y vida, a veces como indispensable trasfondo, a veces ocupando el primer plano con todo derecho. Y también en él, como en el libro anterior, se enlazan dos imperativos que orientaron el quehacer de Marías desde el comienzo, uno filosófico, otro personal. El imperativo filosófico de llegar al sentido radical, a la verdad de las cosas, cueste lo que cueste y pase lo que pase. Y el imperativo personal, castizo, “por mi, que no quede”, que Marías hubiera querido ver en su escudo, de haberlo tenido. Afán de verdad y asunción de la responsabilidad, dos lados de un quehacer filosófico auténtico.

Veinte años más tarde, cuando ya Marías ha culminado su carrera académica, y no sólo ella, cuando es posible hacer un balance más completo de sus aportaciones a la reflexión filosófica y a la vida cotidiana, entra en escena este libro como un trabajo de razón vital puesta en marcha, como un trabajo que articula la totalidad del pensamiento de Marías desde su vida y desde su circunstancia.

Es sin duda un texto diáfano, aunque se enfrenta a los temas más complejos de la filosofía. Si algún alumno, cuando lo recomiende en clase, se considera incapaz de entenderlo, más vale que abandone los estudios y se dedique a otros menesteres por incompetencia palmaria. Pero es también un libro que sólo Heliodoro Carpintero podría escribir porque, además de poseer un excelente bagaje filosófico y una claridad envidiable, ha vivido la persona y la filosofía de Marías desde los años cincuenta del siglo pasado, sin haber perdido nunca la relación de amigo y discípulo. Por eso ha sido capaz de plasmar, desde dentro, el proyecto vital y filosófico de Marías desde la *Historia de la Filosofía* de 1941, en la que aprendimos tantos de nosotros mucho de lo que de eso sabemos, hasta las obras últimas, las que se refieren a la persona con especial dedicación.

Sin duda se han escrito buenos trabajos sobre la obra de Marías y se escribirán otros nuevos, pero con una experiencia vital tan profunda sólo Heliodoro Carpintero puede hacerlo.

A lo largo del libro, capítulo a capítulo, se va desgranando el extenso elenco de temas a los que se enfrentó Marías, las publicaciones que corresponden a cada asunto y a cada época, teniendo siempre como telón de fondo su biografía y la de aquellos con los que compartió la vida y el quehacer intelectual. Los grandes temas: la metafísica en tiempos de “postmetafísica”, la existencia, la persona, el fundamento, la ética como elección de lo mejor, el método de conocimiento, ese método de la razón vital que sustituye a la razón pura y que Marías rastrea en la narración, la novela y el cine, el cristianismo como lugar desde el que hacer la vida y pensarla, la circunstancia que es no sólo España, sino también Europa e Iberoamérica, y que le llevó a situarse en esa Tercera España de liberales y demócratas. A cada uno de ellos dio Marías su personal impronta pero, dada la amplitud de asuntos y que el tiempo es un recurso escaso, mencionaremos sólo tres por ir poniendo fin a esta intervención.

El primero sería el del valor de hacer metafísica en tiempos de “postmetafísica”. La filosofía de la razón vital es un pensamiento fundado en una determinada idea de qué sea lo real, aunque aspira a captar esa realidad en su horizonte histórico y social. Pero es mérito de Marías hacerla recalar en una peculiar antropología metafísica, articulada en dos niveles, el de las categorías de la vida y el de la estructura empírica de cada yo, de un yo que es siempre con otros.

Sería el segundo la sabiduría para hacer buen uso de los maestros, de Ortega por supuesto, pero también de Unamuno y Zubiri. Al hilo del libro vamos tomando conciencia de que los tres ayudaron a Marías a enfrentarse a los grandes problemas de la metafísica. El afán de inmortalidad, que es la forma de dar con Dios, es el asunto eterno de la filosofía de Unamuno, la pregunta por lo que será de mi conciencia tras la muerte. Pero Unamuno renuncia a la razón, y será preciso echar mano de esa filosofía de la razón vital, de ese arraigo en la existencia que es herencia de Ortega. Sólo que Ortega no atiende a la persona ni tampoco a la trascendencia, dos realidades centrales que sí ocupan el pensamiento de Zubiri. De él tomará Marías la noción de persona, la estructura abierta del sujeto y la religación, la realidad del ser fundamental. Contando con esos mimbres de sus maestros, contando con la existencia, la persona y el fundamento, tejerá su propia filosofía de la persona desde la metafísica de la razón vital.

En lo que hace al ámbito de la filosofía moral, oferta Marías una ética de lo mejor, tan necesaria junto a las del deber, la utilidad, la eudaimonía o el interés. La ética de lo mejor es inseparable de la vida como proyecto, porque vivir es preferir, comparar valores y elegir lo que creemos mejor, no lo bueno. La autenticidad es entonces

el compromiso con la propia vocación, la elección por la que prefiero lo mejor desde un proyecto alimentado por la ilusión, que es creador de nuevas posibilidades.

Y es aquí donde encontramos la respuesta a la pregunta por la inmortalidad: ¿el proyecto tiene fecha de caducidad o, por el contrario, reclama la inmortalidad de los otros y la de mi propia elección? En esto Marías es mucho más convincente que Unamuno, porque no me importa sólo la supervivencia de mi conciencia y además la de los otros, sino en primera instancia la de mis seres amados, la experiencia de un amor que demanda eternidad, la resistencia que cada uno de nosotros experimenta a la aniquilación de las personas amadas, de las que hacen la vida conmigo. Como fue sin duda la vida vivida en profundidad con su mujer, Lolita Franco, que ha nutrido tantas páginas dedicadas a la demanda de inmortalidad del amor conyugal. Y la trascendencia de esa elección radical que compromete con la eternidad.

Es ésta una lectura que tiene su aval en el cristianismo que Marías vivió hasta la médula. Estamos obligados a existir, porque previamente estamos religados a lo que nos hace existir, y el hombre halla primariamente a Dios en la experiencia religiosa.

Como bien dice Carpintero, en la persona de Marías se cruzan entonces tres trayectorias: la abierta a lo moral y trascendente, la personal hacia la filosofía, la trayectoria como español y hombre de Occidente en el siglo XX. Pero es mérito de Heliodoro Carpintero haber dibujado con toda claridad, en un ejercicio de razón vital, el peculiar perfil de este filósofo liberal, no individualista, que vivió desde el vínculo con otros y con Otro, capaz de estimar valores, no sólo de expresar preferencias e intereses, dispuesto a reclamar derechos, pero sobre todo a asumir responsabilidades en el mundo en que le tocó vivir.